

e notar la animación y la ale-
inaba.
men ese privilegio.

at no le conocemos, y en cua-
detecibles las veladas que en la
n semana.

de la música y el encanto de
ellas concurrén, las hacen en

n dolor los preludios del final

Bofarici.

nt Oficial

A Y DE CONSULTAS

s. Si bien con arreglo á lo
artículo 39 del pliego de con-
ales de obras públicas los con-
a rescisión de sus contratos por
es desde la fecha en que se les
mensuales de pago sin que éste
ne conforme á lo prevenido en
nero de 1876, complementaria
ue el gobierno pueda acceder á
dole, debe justificarse la inver-
scopiados de la parte de pre-
plazo de ejecución trascurrido.
credita en el expediente solici-
o indicado, y sí, por el contra-
citaciones del ingeniero, los tra-
la inferior á la correspondiente
le que se comenzaron las obras,
rescisión del contrato y obligar
nimiento.

Enero 1882. Gac. 23 Marzo id.

puesta una multa en su totalidad
2 de Octubre de 1873 y satis-
1878, es aplicable de lleno á este
de Diciembre próximo siguien-
ra las faltas cometidas con an-
de 8 de Agosto de 1878, en
o hubiere sido efectiva en esta

Enero 1882. Gac. 23 Marzo id.

Asociación Tipográfica



CIENTIFICO-LITERARIA
Agrícola, Industrial y Mercantil

Director.
D. EDUARDO PORTALÉS SEGURA

Redactores.
D. Enrique Segura Osto. D. Antonio F. Ruiz Llácer.
D. Cayetano Huguet Brea. D. José Fola Iguibide.
D. Bernardino Montiel Lerdo. D. Carlos Llínas Brea.

Año III. Castellón 15 de Marzo de 1883 Núm. 54

SUMARIO. La educación y la ilustración, (continuación), por B.=SECCION CIENTIFICO-LITERARIA: Bellas artes. Ori-
gen del arte, su definición y división, por *Bernardo Mundina*.—El Stabat Mater y Jacopone de Todi, por *Francisco Gras y Elias*.—
Jesús de Nazareth, poesía, por *José Nebot*.—La escritura instantánea. Notas sobre las notas. II., por *M. Lassala Eno*.—Paulina
(continuación), novela por *Federico de la Vega*.—Ni brisa ni amor. Dolores, por *Magdalena García Bravo*.—SECCION DE AGRÍ-
CULTURA: El algarrobo en la provincia de Castellón, por *Catalino Alegre*.—SECCION COMERCIAL.—Crónica de la quincena.—
SECCION OFICIAL, administrativa y de consultas.—Cubiertas, anuncios.

LA EDUCACIÓN Y LA ILUSTRACIÓN

Continuación (x)

LA educación tiene su principio racional y lógico
en el seno de la familia.

La familia es el objeto, la consecuencia, el
fruto del matrimonio.

El matrimonio es una institución divina, cuyo fin es la
continuación de nuestro ser por medio de ediciones suce-
sivas.

Es la fórmula de la inmortalidad en la tierra.

Adám vive en nosotros y vivirá hasta la hora postrera
del último de sus descendientes.

El matrimonio tiene todavía otro objeto más trascen-
dental: el de enderezar los corazones de nuestros hijos
hacia la virtud, enseñarles á practicarla; es decir, edu-
carlos.

Mirado así, el matrimonio es la más sublime de las ins-
tituciones; y su fin, el más levantado y noble que el hom-
bre pudiera soñar.

En su esencia, el matrimonio es el lazo que encadena

dos existencias, tan íntimamente, que quedan reducidas á
una sola.

Este resultado es imposible, en absoluto, sin el amor.

El matrimonio es la forma correcta del amor.

El amor es la tendencia de un ser á soldarse, confun-
dirse, unificarse con otro ser.

El imán de los seres racionales.

El amor es á nuestro corazón como el pensamiento á
nuestra alma.

Una alma que no piensa, no existe.

Un corazón que no ama, está muerto.

El hombre no puede existir sin amar.

A la vez, el amor es la cadena que nos sujeta á la vida.

El que atenta á su existencia, no ama á nadie ó está
loco.

El suicidio no tiene otra explicación.

El destino del hombre es amar y ser amado.

Cuando pequeño, ama á sus padres, á su nodriza, y, con
su organismo é inteligencia, se desarrollan también sus
afectos; sus hermanos, sus tíos, sus abuelos, sus amigos,
van sucesivamente tomando posesión de su corazón.

Pero llega un día en que surge en su alma una inclina-
ción desconocida, poderosa, irresistible, á formar una fa-
milia propia, á perpetuarse.

Su amor se reconcentra en su esposa primero, se dila-

(x) Véase el número anterior.

ta, se extiende luego en sus hijos, y ese sentimiento violento, indefinible y misterioso, lejos de debilitarse, se robustece, se agranda, crece á medida que se divide entre la esposa adorada y los hijos de sus entrañas, semejante al fuego cuya intensidad está en razón del combustible que á su voracidad se abandona.

Este sentimiento, para ser de buena ley, debe dirigirse no á la materia sino al alma.

Nos inspira la indulgencia, la tolerancia con el objeto amado; el sacrificio de nuestras aspiraciones y gustos para adoptar los suyos.

El amor es abnegación.

Ni el tiempo, ni la ausencia, ni la desgracia consiguen destruirlo: es eterno.

Pero cuando el amor no vé más que la belleza, los encantos exteriores, es sensualidad.

La sensualidad no es amor, sino su falsificación.

Como todo lo falso, su duración es efímera; la menor contrariedad le arranca el antifaz y desaparece.

La sensualidad es egoísmo, antípoda y verdugo del amor.

Es el amor del bruto.

La educación de los hijos hace del matrimonio una carga tan pesada y sembrada de escollos, tan preñada de pavorosas responsabilidades y amarguras, que, á no ser por el amor, serían pocos los que, á sangre fría, le contrajesen.

El amor es la píldora en que se esconde el acíbar del matrimonio.

Es la poesía, el alma del matrimonio.

El matrimonio sin amor, es una flor sin perfume, un cielo sin estrellas.

Para la mujer, en vez de un preservativo contra las pasiones es un escollo más para su virtud.

No todos consideran el himeneo bajo el mismo punto de vista que nosotros.

Para muchos, casarse es adquirir un patrimonio, una posición; para otros tener una sirvienta, acaso una esclava; proveerse de un adorno casero, de un dígito que ostentar á la envidia de los demás.

Se casan por avaricia, por vanidad, por ambición.

En el hogar que no tiene por alimento el amor y la virtud, se sienta inevitablemente el remordimiento, la desesperación ó el deshonor.

Dado lo sublime del fin del matrimonio, se comprende que todas las religiones, todas las escuelas, todos los legisladores le hayan considerado como institución sagrada.

El catolicismo lo ha elevado á la altura de uno de sus sacramentos.

Jesucristo le llama: *Magnum sacramentum*,

Los regeneradores modernos, seducidos por los instintos mal sanos de uno de los más repugnantes héroes de la revolución francesa, el ex-capuchino Chabot, se obstinan en rebajar el matrimonio al nivel de un contrato cualquiera.

Quieren el matrimonio civil.

Para ellos, tomar esposa es exactamente lo mismo que adquirir un mueble ó un animal doméstico.

¡A esto le llaman progreso!

Quieren destruir la familia, quitando á la mujer, que es mejor que el hombre, la influencia que legítimamente le pertenece sobre su marido.

Del matrimonio civil nace irremisiblemente y lógicamente el divorcio.

El más grande, el más práctico de los progresos que trajo el cristianismo, es, sin duda, la rehabilitación de la mujer.

Hasta entónces, la mujer fué esclava; en adelante, mediante el sacramento, la mujer es la compañera, la igual del hombre.

Se quiere avanzar veinte siglos... hacia atrás.

El hombre y la mujer son dos seres que pudieran llamarse incompletos.

El uno tiene la fuerza, la inteligencia, la energía.

La otra está dotada de la gracia, la dulzura, el sentimiento, la imaginación.

Unidos por el amor forman un todo armónico, se completan mutuamente.

La fuerza, la energía del uno, se cambiarían en fiereza, sin la delicadeza, la bondad de la otra.

El sentimiento exquisito, la fogosa imaginación de la mujer, se trocarían en locura, sin la inteligencia, la sangre fría, reguladoras del hombre.

El mismo espíritu que quiere secularizar la familia, inspira á los que pretenden sacar la mujer de su esfera.

Se la quiere emancipar.

La mujer es una hiedra: no puede vivir sin la sombra de sus padres ó de su marido.

Emancipar la mujer es perderla.

Es arrancarla del trono conquistado por su candor, su dulzura, su poesía, para precipitarla, cual nave desarbolada, en medio de la tormenta bramadora.

La fuerza de la mujer estriba precisamente en su debilidad.

Darle fuerza, independencia, es debilitarla, reducirla á la nulidad.

La emancipación del bello sexo nos dejaría sin mujeres y no aumentaría el número de los hombres.

La mujer médico, ingeniero, empleado, no será empleado, ni ingeniero, ni médico, ni.... mujer.

Como todo lo criado, tiene la mujer una misión fija, inflexible, en el orden de la Providencia, que no es posible abandonar sin que sobrevengan los cataclismos hijos del desequilibrio.

El progreso más importante y trascendental de la humanidad es, sin ningún género de duda, el que se refiere á la educación.

Así lo han comprendido todas las religiones, todas las escuelas, todos los legisladores, todos los partidos: Desde Jesucristo á Confucio, desde Licurgo Sesostrix y Numa hasta la Comuna francesa.

En este mismo instante, en Francia, en Bélgica, en Suiza, en España, en todas partes, la educación es la arena candente en que el catolicismo y sus enemigos se disputan, palmo á palmo, en una lucha constante y obstinada, el corazón de la juventud.

Es que todos tienen conciencia de que allí está el

campo en donde se desarrolla la ecuación cuya pavorosa incognita es..... mañana.

Todo lo trascendental tiene que luchar con obstáculos serios, cuando no invencibles.

Esto es fatal.

La educación no puede eximirse de esta ley inexorable.

Los obstáculos que se oponen á la buena educación son múltiples y complejos.

Antes de darse por terminada, ha de pasar por varias y distintas manos.

Los padres, los maestros, el clero, son sus principales agentes.

Por desgracia, no son los únicos; ni siempre los más influyentes.

Los padres, y sobre todo la madre, es la llamada á poner los cimientos de la educación de sus hijos.

En el regazo de la madre, es donde el niño recibe las primeras impresiones; impresiones que difícilmente olvida, á pesar de los años y de los ejemplos contrarios.

En sus rodillas hemos aprendido á balbucear las primeras palabras y también las primeras oraciones.

Las indicaciones de la madre, caen en el alma de su hijo con todo el peso del inmenso misterioso cariño que le profesa.

Ella es quien le inspira el amor á la justicia, á la verdad, al trabajo, al pobre, el respeto al anciano.

Le vá modelando, cual blanda y obediente cera, para que, más tarde, sea un buen padre y un honrado ciudadano.

No todas las madres son bastante discretas para llenar debidamente su misión.

No pocas toleran que ese animal casero llamado criada, tome sobre sus hijos el ascendiente que sólo á ellas pertenece y que en ningún caso debieran abdicar.

Entregan aquellas almas inocentes á unas manos ignorantes y, con frecuencia, corrompidas.

Las más inocentes, inculcan en aquellas tiernas inteligencias, tan impresionables, ideas supersticiosas y aprehensiones locas, difíciles de desarraigar.

Los cuentos de las criadas, y de algunas madres también, con sus brujas, y hadas, y fantasmas, y aparecidos, causan una verdadera epidemia. Sus consecuencias se arrastran no pocas veces durante toda la vida.

El niño se vuelve medroso, y, cuando hombre, es cobarde.

Conocemos hombres con canas, que son incapaces de pasar á una sala de su casa de noche y sin luz.

Pero los criados son incomparablemente más perniciosos por su corrupción.

Una de las obligaciones más serias de los padres es la elección de los servidores y la vigilancia incesante y tenaz que deben dedicarles.

El menor descuido puede tener consecuencias irreparables.

¿Cuántas jóvenes deben á su doncella la pérdida de su dicha y el desprecio de sus amigos?

¿Cuántos muchachos han sido corrompidos por sus criados?

Los amigos son otro escollo en que puede estrellarse toda la prudencia, todo el celo de los padres.

El joven más morigerado es arrastrado, por un amigo perverso, á los cenagosos abismos del vicio.

Una amiga perniciosa arranca, en un instante, su aureola á la niña más inocente y pura.

Los libros, los periódicos, ¡qué otro elemento de corrupción! Acaso es el más temible de todos.

¿Qué cuidado, qué vigilancia, qué discreción serán bastantes para alejar de nuestros hijos, el veneno que, en los malos libros ó en el avieso periódico, se oculta para la virtud?

¡En esos escritos en que se justifica el asesinato y el suicidio, se excusa el robo inteligente ó político, se diviniza la *Traviata*!

Esas obras, cuyo objeto es disimular la fealdad del vicio bajo formas agradables ó bajo nombres atenuadores.

Al robo se le llama irregularidad, incautación; á la traición, patriotismo; á la estafa, travesura; á la liviandad, amor.

Ese lenguaje constituye un delito de lesa-moral.

El vicio debe designarse con su nombre propio.

Los bailes, las reuniones, son otros tantos peligros para la inocencia.

No deben frecuentarse sin gran parsimonia y prudencia.

¡Está uno espuesto á encontrar allí tantos lobos con piel de oveja!

En cuanto á los teatros, atravesamos una época tan azarosa!

¡Son tan pocas las producciones dramáticas que pueden llamarse sanas!

La mejor, como las setas, es la que no envenena.

A pesar de esto, es cosa acordada que el teatro es una escuela.

Sólo falta concretar cuál es la enseñanza que allí se recibe.

Los dramas, en su mayoría son inmorales; apenas si hay algunos, muy contados, que no tengan algo que pueda alarmar el pudor de los espectadores que se respetan.

Si son comedias ó sainetes, se les silba si no van salpicados de alusiones sobrado transparentes y escotadas.

Si se ridiculizan los vicios; si se pone de relieve la fealdad de la usura, del juego, del libertinaje, los que más ríen, se divierten y aprueban, son precisamente los que están bajo la esclavitud de esas mismas infames costumbres, y ni siquiera sospechan que aplauden su propia fotografía.

El espíritu que arrastra á no pocos á los coliseos, les impide sacar fruto alguno útil, aún del drama más perfecto y didáctico.

Las mujeres corren allí, no á aprender, ni siquiera á ver la pieza; van á ostentar sus encantos *reales ó artificiales*, y sus trajes y diamantes.

Los hombres, á exhibir sus mujeres.

En muchos teatros, en muchos bailes, el drama ó el solaz sólo son el pretexto de una exposición.

Exposición de carnes.

Tampoco puede decirse que el teatro sea una escuela de buen gusto literario.

Véase sino la fortuna alcanzada por los Bufos.

Digánlo los dramas en boga que quedan reducidos á un buen verso que es el exequatur de una inmoralidad vestida de un absurdo.

La plaza de toros es otra *academia*.

No hay duda que todo en las corridas es moralizador en sumo grado; el lenguaje *selecto y culto*, que el lugar requiere y exige como propiedad exclusiva; el dulce y poético é interesante espectáculo de un hombre que, por divertir á los demás, apuesta su vida contra la de un bruto; el mísero y fiel caballo que, por último pago de sus servicios, recibe una muerte violenta, asquerosa, repugnante; allí, todo es moral, hasta los intentos que manifiesta un público ébrio y enardecido que grita, ahulla, ruge: Acorta esa gurocha, que aquí estamos para saciar nuestros ojos con humeantes charcos de sangre y entrañas palpitantes.

En la plaza, la fiera no es el torero..... ni el toro.....

Sobre todo, las señoras en las corridas son una aberración.

Su belleza, su gracia, su poesía desaparecen por completo.

Allí la señora no es, ni señora, ni siquiera mujer, es..... *torera*.

Irresistiblemente nos recuerda la matrona romana, con el pulgar dirigido al suelo, condenando á morir al desgraciado gladiador que no supo caer *con gracia*.

Los casinos son también ocasión de gravísimos desórdenes.

Prescindiendo del juego, de la costumbre de los alcoholes y de la ociosidad, que allí se contraen inconscientemente, aquellos centros son, á todas luces, desmoralizadores.

¡Cuántas horas perdidas para el trabajo y el estudio!

La consecuencia inmediata de los casinos es el alejamiento del hombre de la obligación rigurosa que tiene de vivir con su esposa, de acompañarla y aliviarla en sus cuidados, de ayudarla á educar sus hijos.

El casino, que en un principio no era más que un pasatiempo, se trueca paulatinamente en necesidad imprescindible.

La mayor parte de los socios encuentran en aquel centro más lujo, más comodidades que en su propia casa; se aficianan á aquel bienestar, y no vuelven á su hogar sin echar de menos la muelle butaca, el fuego consolador, la blanda y suave alfombra.

Toda comparación es odiosa.

Su casa les parece un desierto, una nevera, y ni la dulce sonrisa con que sus compañeras les dan la bienvenida, ni la alegre y bulliciosa algazara de los pequeñuelos, logran aplacar su mal humor.

Este descontento se desahoga en todo lo que les rodea.

La comida está mal condimentada; los niños hacen demasiado ruido, los muebles no están colocados á su gusto; todo es objeto de sus críticas y recriminaciones, todo les disgusta, les irrita.

Vuelven al casino, huyendo la triste impresión que su conducta causa en los suyos, dejando detrás de sí el llanto furtivo, el dolor acerbo, la silenciosa amargura.

El sonido de las copas, las ligeras y frívolas conversa-

ciones, les hacen muy pronto olvidar los niños y la esposa abandonada.

Andando el tiempo, este desvío constituye un verdadero divorcio.

El amor se apaga por completo y, á pasos agigantados, avanza la desesperación; á veces, la deshonra.

Esto es el casino, por su lado ménos defectuoso!...

B.

Continuará.



Sección Científico-Literaria

BELLAS ARTES

ORIGEN DEL ARTE, SU DEFINICION Y DIVISION

EL hombre, ser inteligente y activo, siente la necesidad imperiosa de sacar fuera de sí, de comunicar á los demás las ideas y los pensamientos encerrados en su interior. Esta necesidad le constituye un sér comunicativo y sociable por excelencia.

Una reunión de muchos hombres, una sociedad, un pueblo, una nación, experimentan la misma necesidad; porque ligados se hallan sus individuos por ideas y pensamientos comunes á todos, de tal manera, que formando de ellos como uno solo, se hallan respecto á otra ú otras sociedades ó pueblos, respecto á la humanidad, en la misma relación que un individuo respecto á otro ú otros.

Esta necesidad la satisfacen el hombre y la sociedad por medio del lenguaje; ó sea de signos sensibles que tienen alguna relación natural ó convencional, con las ideas que trata de dar á conocer.

Hay varias clases de lenguaje:

- 1.^a De acción, que consiste en sonidos inarticulados de gestos, actitudes y movimientos de los miembros superiores.
- 2.^a Hablado, que consta de sonidos articulados de la palabra.
- 3.^a Figurado ó plástico, que consta de formas y colores.

Con estos tres lenguajes pueden ser expresadas todas las ideas que es capaz de formar el espíritu del hombre, y cada uno de ellos ha dado nacimiento á diferentes artes; de donde se infiere con claridad, que el arte no es más que un lenguaje, por consiguiente, que es hijo de una necesidad del espíritu humano.

En el arte como lenguaje, hay que distinguir dos elementos:

- 1.^o Las ideas, los pensamientos, que constituyen su fondo y trata de expresar.

2.º Los signos sensibles, que sirven para expresar, manifestar, representar las ideas y los pensamientos.

El primero, el interno, se denomina idea artística; el segundo ó externo se denomina forma artística.

Pero por el lenguaje ó el arte pueden ser representadas, ya ideas, pensamientos, cosas comunes triviales y aún groseras y bajas, ó ya ideas, pensamientos, cosas de un carácter elevado, fecundas, útiles.

Cuando el arte se limita á ser la expresión, la representación de las ideas, sin que para ello no tengi que hacer más que comprender y copiar lo que á su alrededor contempla; lo puramente finito, entónces el arte apenas pasa de ser mecánico. Cuando, por el contrario, se constituye en intérprete de las segundas, remontándose para lograrlo á la región propia del espíritu á comprender lo verdadero, despojado de toda falsedad, lo infinito, en una palabra, y lo ideal, entónces el arte merece bien el dictado de arte bello.

Según esto, podemos definir el arte, la representación sensible de la belleza ó de lo ideal: en otros términos, un lenguaje que trate de representar en signos sensibles las ideas y pensamientos que acerca de lo bello ideal, nacen y se desarrollan en el espíritu.

Del mismo modo que en el lenguaje hablado es indispensable que las palabras, las frases elegidas, sean las más propias para manifestar las ideas, en toda obra de arte es necesario que entre el elemento interno y el elemento externo en el fondo, esto es, entre la idea artística y la forma artística, exista una íntima relación, una perfecta armonía, una fusión completa.

De las nociones anteriores se desprende este principio: la perfección en las obras del arte consiste en la reunión de estos sus requisitos; belleza de idea, belleza de forma, perfecta armonía entre ambas bellezas. Este principio debe servir constantemente de guía en el estudio de la historia del arte, para poder apreciar con tino sus monumentos.

Para expresar, con toda la perfección que es dada al hombre, lo infinito, no eran suficientes el lenguaje de acción y el hablado, que son por su naturaleza fugaces y pasajeros; lo infinito se expresa mejor con el lenguaje figurado ó plástico, que es durable, permanente; á este lenguaje pertenecen las bellas artes Arquitectura, Escultura y Pintura, con las otras que á estas se refieren como el dibujo, grabado y litografía.

Lo ideal es uno en su esencia, pues consiste en la unidad de Dios, solo origen de la belleza; el arte, que es la manifestación de este ideal, es uno también en su esencia; pero esta belleza única, este ideal, se ofrece al espíritu y se desenvuelve bajo diferentes aspectos, aunque todos íntimamente relacionados; de aquí sus diferentes manifestaciones realizadas por el mismo espíritu humano, en virtud de la facultad reproducida de lo bello que posee y de su aspiración de llegar por este medio al verdadero conocimiento de Dios.

El espíritu humano percibe lo ideal y el arte lo revisa, ya respecto á los seres materiales de la naturaleza ya al interior del pensamiento. Para lo primero, echa mano de las formas que la naturaleza le presenta, las corrige y

perfecciona; para lo segundo, no encuentra en la naturaleza medios idénticos para la expresión; se los han repartido en un orden graduado sus diversas ramas, dejando ver la tendencia á irse despojando cada vez más de la materia hasta lograr su espíritu.

Empieza el arte por una manifestación vaga, indeterminada, confusa, de lo ideal, porque eran vagas y confusas en su principio las ideas sobre este ideal. El arte, en su primer paso, no podía tampoco hallar los medios más aproximados para expresar las ideas del espíritu, sino que hubo de echar mano de los que la naturaleza le ofrecía y entre éstos los que más herían los sentidos.

Entonces nació la Arquitectura, primera de las artes, las más material de todas, porque se vale, para sus creaciones, de las masas del reino orgánico, que sólo pueden manifestar de una manera muy especial el espíritu, porque se hallan muy lejos de él.

En las obras de Arquitectura, no aparece la completa fusión de la idea y la forma; la idea se expresa de una manera demasiado general y confusa. El monumento no es sino un símbolo mudo del pensamiento.

En segundo lugar, aparece la Escultura, arte más perfecto; pues si bien se vale de la materia en sus tres dimensiones, dá un gran paso en la vía de la espiritualización, sustituyendo las formas en órganos del ser viviente; y con la figura humana, que es su objeto primitivo, representa las ideas concebidas en su espíritu: en la Escultura, en la estatuaría propiamente dicho, la forma es la expresión clara y precisa de la idea.

La Pintura ocupa el tercer lugar y presenta un gran progreso, no sólo en la vía de la espiritualización sino también en la manifestación de lo ideal ó lo infinito; si todavía se vale de la materia, desecha ya una de sus dimensiones y reduciéndola á la superficie, nos ofrece, no las cosas mismas sino su apariencia, y en esta apariencia el espíritu, no de una manera general y pasiva como la Escultura, sino el espíritu en acción, en movimiento; la vida del alma con todos los afectos y las pasiones que la conmueven. Su dominio bajo este concepto es inmenso, y además, por medio de las ilusiones de la perspectiva, del color, la luz, las composiciones, es capaz de reproducir los cuadros más variados de la naturaleza, como representar todas las escenas de la vida moral: abarca más perfectamente que la segunda el doble dominio de la naturaleza y del espíritu, pudiendo representar todas las composiciones de la Arquitectura y de la Escultura con agradable y sorprendente efecto.

La música, que ocupa el cuarto lugar, y la poesía, á que corresponde el quinto, completan el círculo de las artes particulares; la música valiéndose de un fenómeno inmaterial, el sonido, expresa el alma en lo que tiene de más íntimo y profundo. La poesía sobrepaja á todas las demás y las resume, digamoslo así; pues con sólo la palabra es capaz de expresar todas las ideas, todos los sentimientos, todas las pasiones, la confección más alta de la inteligencia y las impresiones más fugitivas del alma: en estas dos artes el elemento sensible se ha espiritualizado en gran manera.

Otra división se hace de las artes considerándolas en su

o olvidar los niños y la esposa

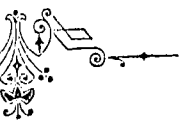
desvío constituye un verdade-

mpleso y, á pasos agigantados,

veces, la deshonra.

lado ménos defectuoso!...

B.



ffico-Literaria

S ARTES

U DEFINICION Y DIVISION

nteligente y activo, siente la ne-
iosa de sacar fuera de sí, de
os demás las ideas y los pensa-
a interior. Esta necesidad le
ativo y sociable por excelencia.
os hombres, una sociedad, un
perimentan la misma necesidad;
sus individuos por ideas y pen-
os, de tal manera, que formando
e hallan respecto á otra ú otras
pecto á la humanidad, en la mis-
duo respecto á otro ú otros.
sfacen el hombre y la sociedad
sea de signos sensibles que tie-
al ó convencional, con las ideas
r.

enguaje:
onsiste en sonidos inarticulados
ovimientos de los miembros su-

nsista de sonidos articulados de la

tico, que consta de formas y co-

jes pueden ser expresadas todas
e forman el espíritu del hombre,
dado nacimiento á diferentes ar-
con claridad, que el arte no es
r consiguiente, que es hijo de una
umano.

enguaje, hay que distinguir dos ele-

ensamientos, que constituyen su

ar.

elemento sensible, según el órgano ó el sentido á que se dirigen, ó que percibe sus creaciones para trasmitir lo bello á nuestra alma. De los cinco sentidos que posee el hombre, sólo hay dos que tengan este privilegio por su carácter intelectual, que parece los destina principalmente al servicio del espíritu: éstos son la vista y el oído.

El tacto, el gusto y el olfato, no les ofrecen sino ciertas sensaciones y el conocimiento de ciertas cualidades de los objetos.

Las artes, pues, bajo este concepto, se dividen en artes de la vista y del oído; á las primeras, llamadas también artes del diseño, pertenecen la Arquitectura, Escultura y Pintura: las tres primeras ofrecen formas y colores que percibe la vista; y las dos segundas sonidos que percibe el oído.

Bernardo Mundina.

EL STABAT MATER

Y JACOPONE DE TODI

TODOS los años, cuando llega la triste y dolorosa semana de pasión, asaltan de repente á mi fatigada memoria aquellos serenos días de mi risueña pubertad, en que asistía con mi madre todas las noches, al dar las oraciones, al novenario consagrado á la virgen de los Dolores, que se venera en una de las más espaciosas capillas de nuestra iglesia parroquial.

Entonces, á la luz de la amarilla cera, contemplaba de rodillas, con la fé en el alma, la pureza en el corazón y el rezo en los labios, á la Dolorosa al pie de la Cruz, triste, sola, abatida y desconsolada, con el moreno y amoroso rostro descajado, con los ojos preñados de lágrimas, con el pecho atenaceado por los dolores y suspendiendo en sus débiles brazos al ser de su ser, al hijo de sus entrañas, al mártir de una nueva idea, al Divino Maestro de una religión, todo amor, ignorando que el número siete es un número simbólico, y que los siete dolores, como los siete pecados capitales y las siete partidas provienen de la religión sabeista, y que la sublime tragedia del Gólgota, siempre grande, imponente y conmovedora, la admiraría en otros días con el frío raciocinio del hombre, y despojada por completo de las galas poéticas con que la ha revestido el sentimiento popular y el místico sentimiento religioso.

Entonces, con mi compasiva madre, rezaba por aquella hermosa y dolorida Virgen, la que es Virgen tutelar de mi familia, aquella Virgen á la cual implora todas las noches mi madre al acostarse; que aclama en sus días de lutos y sinsabores y que calma los dolores de su alma, y escuchábamos con fervorosa religiosidad aquella elegía tan pura y tan solemne, que empieza:

*«Stabat Mater dolorosa
justa crucem lacrymosa
dum pendebat Filius....»*

que hoy pone la pluma en mis manos, consagrándole un recuerdo, como igualmente al inspirado y místico poeta que la concibió.

Estábamos en plena Edad Media. Allá por los años 1194; un joven de bellas facciones, de elegante porte, de carácter aventurero, galante y atrevido con las damas, director de las jácaras de carnaval, poeta de corazón y de alma de fuego, hijo de un comerciante de Asis, contrajo, á los veinte y cinco años, una enfermedad que puso en peligro su existencia, y una transición inesperada se realizó en su alma, y entregándose por completo á la vida ascética vistió el tosco sayal, buscó el amor de Dios, amparó á las mujeres, á los niños y á los pájaros; entonó con el ruiseñor himnos á los ángeles, y predicando democráticamente, como los apóstoles, por las plazas y por los campos, puso su elocuencia al servicio de la humanidad, de la pobreza, del amor al prójimo, de la fraternidad universal, recordando diariamente á las mujeres en sus sermones «que los novios regalan á las doncellas los codiciados pendientes, porque el peso de dichas joyas las recuerde que pertenecen solamente á ellos, y que por lo tanto, no han de dar oídos á los lisonjas de los demás.»

Este sublime soñador, esta alma noble, demócrata por naturaleza y religioso por convicción, que tan bien comprendía el amor divino como el amor mundano, era.... ¿á qué no decirlo? san Francisco de Asis; y el ejemplo de su humildad, de su pobreza, de sus plegarias y maceraciones, encendió en el amor de Dios el corazón de todo un pueblo; esa mística idea fué el alma de todo un siglo, la ilusión de los jóvenes de Italia, la luz de una nueva redención.

Sus discípulos se cuentan á centenares; pero el más grande de todos ellos es Jacopone de Todi, nombre poco ménos que desconocido, y que merece ser escrito en letras de oro entre los nombres de los grandes poetas de la Iglesia y entre los mártires sublimes de la humanidad.

Jacopone de Todi era un joven abogado, de vasta inteligencia, lumbrera del foro y sapientísimo escritor. El estudio y su mujer constituían toda su ilusión y su esperanza: los libros, porque educan al espíritu; las mujeres, porque enseñan á amar. Una tarde de un hermoso día de primavera, toda la aristocracia de Todi se había citado en la plaza pública, en la cual tenía lugar una de esas grandiosas y poéticas fiestas que tan justo renombre alcanzaron en la Edad Media. De pronto, uno de los tablados se vino abajo. Un grito de muerte resonó en los aires; suspendióse la fiesta; enmudecieron los músicos y los cantores; los jóvenes y las autoridades abandonaron sus asientos para prestar auxilio, las damas se desmayaron, la vida entera voló á la plaza y Jacopone de Todi vió extraer entre los cadáveres á la hermosa elegida de su corazón, exanime, muerta, ensangrentada, sin luz en sus rasgados y arrobadores ojos, sin sonrisa en sus púdicos labios, sin gracia ni abandono su flexible cuerpo, sin movimiento los tornátiles brazos y los diminutos pies. La muerte de su esposa fué la muerte de su alma. Y dando sus riquezas á los pobres, cejó su despacho; arrojó sus galas; abandonó los placeres y los aplausos mundanales; huyó de la ciudad; llamó á las puertas de un convento

mis manos, consagrándole un
al inspirado y místico poeta

ad Media. Allá por los años
facciones, de elegante porte,
ante y atrevido con las damas,
carnaval, poeta de corazón y de
comerciante de Asis, contrajo,
una enfermedad que puso en
transición inesperada se realizó
por completo á la vida ascética
el amor de Dios, amparó á las
pájaros; entonó con el ruiseñor
predicando democráticamente,
plazas y por los campos, puso
le la humanidad, de la pobreza,
la fraternidad universal, recor-
mujeres en sus sermones «que
oncillas los codiciados pendien-
chajoyas las recuerde que per-
y que por lo tanto, no han de
e los demás.»

esta alma noble, demócrata por
convicción, que tan bien com-
como el amor mundano, era....
Francisco de Asis; y el ejemplo de
eza, de sus plegarias y macera-
amor de Dios el corazón de todo
lea fué el alma de todo un siglo,
s de Italia, la luz de una nueva

entran á centenares; pero el más
Jacopone de Todí, nombre poco
y que merece ser escrito en letras
pres de los grandes poetas de la
ires sublimes de la humanidad.
a un joven abogado, de vasta in-
l foro y sapientísimo escritor. El
stitúan toda su ilusión y su espe-
que educan al espíritu; las muje-
amar. Una tarde de un hermoso
la aristocracia de Todí se habla
ica, en la cual tenía lugar una de
icas fiestas que tan justo renombre
d Media. De pronto, uno de los
o. Un grito de muerte resonó en
la fiesta; enmudecieron los músicos
enes y las autoridades abandonaron
ar auxilio, las damas se desmaya-
ó á la plaza y Jacopone de Todí
adáveres á la hermosa elegida de su
erta, ensangrentada, sin luz en sus
es ojos, sin sonrisa en sus púdicos
bandono su flexible cuerpo, sin mo-
s brazos y los diminutos pies. La
é la muerte de su alma. Y dando
obres, cejó su despacho; arrojó sus
blaceres y los aplausos mundanales;
lamó á las puertas de un convento

de franciscanos, y pidió inutilmente á los cielos el olvido
y la bendecible calma del corazón.

El corazón del hombre necesita siempre de una ilu-
sión. Sin un ideal es imposible la vida. Amar es vi-
vir. Jacopone, una vez en el claustro, buscó una compa-
ñera para su alma, algo que endulzara su existencia, una
estrella en la eterna noche de dolores, y fijó sus ojos en
la Dolorosa, y buscó en ella su inspiración, y pulsó su
lira de oro á los pies de los altares. Allí, solo, de hi-
nojos en la capilla, perdido en la sombra, compuso su
Stabat Mater, aquella sublime elegía, tal vez recordando
á su bella y malograda esposa, como Dante perdido por
las calles de Florencia cantaba á su Beatrice, como san
Francisco de Borja, vistiendo la severa sotana del jesuita
dirigía sus plañideras trovas á una reina muerta, pero
siempre viva en su imaginación.

En esta época tuvo lugar la vergonzosa lucha religiosa
entre Celestino V y Bonifacio VII de tristísima memoria.
Aquella cisma fué una herida de muerte para la Iglesia ro-
mana. El poder temporal parecía desquiciarse y la
religión perderse. Jacopone, por su educación, por el
hábito de franciscano que vestía y por sus sentimientos,
luchó con sus palabras y con sus obras contra Bonifacio.
El religioso se convirtió en político, y el destierro más
amargo pesó sobre él.

¡Sí! el autor del *Stabat Mater*, el sublime poeta, vió
trocar su celda en una oscura mazmorra; sus sagrados
cordones por cadenas; sus rosarios por esposas, el caliz
por el tosco cántaro; el vino espiritual por agua cenagosa;
el altar por una reja; el templo de Dios por la inmundicia
carcel; y todo por el solo delito de cantar la fé, de ayudar
al vencido, de predicar la humildad y de defender los de-
rechos de la tiara arrebatada violentamente de las vene-
rables sienas de Celestino por su ambicioso usurpador!!!

Los tormentos de Jacopone sólo pueden compararse á
los que concibieron los dominicos al instalar la Inquisi-
ción. El humilde franciscano pasó todas las humillacio-
nes y todos los atropellos. Su vida es un calvario que
desgarra el corazón.

Pero un día sonrió de nuevo la aurora de la ventura.

El cielo se compadeció de Italia, y Dios de los pobres
encarcelados y proscritos de su patria.

Bonifacio, el que un día estampó su mano en las me-
gillas de Celestino, y otro día, al agonizar la tarde, repitió
tal afrenta á Jacopone de Todí, según afirman esclareci-
dos autores de aquella época, fué reemplazado con aplau-
so general por Bonifacio VIII, y éste devolvió al místico
poeta la perdida libertad.

Poco después, el sublime cantor, que al ponerle Dios la
lira en sus manos, ciñó en su frente la corona de espinas;
que llevó impreso sobre su frente, como todos los poetas,
el sello de maldición; que amó hasta el delirio á la ma-
dre de sus hijos y cantó con toda la fé del alma á la
madre de Dios; que subió paso á paso la calle de la
Amargura; que cargó con la cruz y la cadena; que apuró
el cáliz hasta las heces en el fondo de su prisión, inclinó
su frente, dió su cuerpo á la tierra; y su alma inundada
de luz voló á la gloria de los mártires, de los creyentes y
de los hijos predilectos de amor.

¡Yo no sé por qué la Iglesia, ya que conmemora todos
los años los dolores de María, y consagra otro día á la
conmemoración de los difuntos; ya que los dolores consti-
tuyen la existencia, y con ellos la recibimos; que los
dolores son nuestra herencia; que el nombre de Dolores
es el mejor apropiado á la mujer, y que sólo dolores re-
cogemos en la senda de la vida, no ha de consagrar
también un día á los dolores que agujorean de continuo
la desventurada humanidad!!

Francisco Gras y Elias.

Reus, Marzo 1883.

JESÚS DE NAZARETH

Tras guerras incesantes descansa ya el romano
que el orbe ha subyugado en lucha pertinaz,
y el victorioso Octavio con poderosa mano,
cerrando al fin las puertas del templo del dios Jano,
su sien ciñe de olivo y al mundo dá la paz.

En un rincón oscuro del dilatado imperio
de un mísero artesano levántase la voz,
y á su conjuro santo la sombra y el misterio
abátense doquiera y un nuevo magisterio
del orbe á los confines propágase veloz.

Después blande á su paso aldeas y ciudades
y un pueblo innumerable le cerca en derredor,
llenando presuroso de Ennón las soledades,
las plácidas riberas del mar de Tiberiades,
los campos de Betania, las faldas del Tabor.

Su cátedra es el monte, el valle ó la ribera,
su lógica el ejemplo, su ciencia la Verdad,
sus pruebas los prodigios que siembra por doquiera,
los niños sus amigos, la Fé su compañera,
su aliento la Esperanza, su fin la caridad.

Angélica dulzura respira su semblante,
perdón y amor pregona doquiera sin cesar
y en campos y ciudades, al sabio, al ignorante,
así su labio advierte sencillo, dulce, amante:

Amaos como hermanos; ¡ay del que llegue á odiar!

*Jamás á quien te ofende alejes de tu lado
si vuelve á tí sus ojos contrito el corazón,
jamás tu mano niegues á quien lloró el pecado
ni cierras tus oídos á quien en tí ha fiado,
que aquel que no perdona no alcanza su perdón.*

Atónitas las gentes escuchan de su boca
que ni á los enemigos es permitido odiar,
que si una mano airada nuestra megilla toca
al bárbaro verdugo que así el furor provoca
aún la otra megilla debemos presentar.

Arrastra hasta sus plantas un día el pueblo airado
á una infeliz, clamando que debe perecer,
más Él su furia aplaca diciéndole inspirado:
*Aquel de entre vosotros que nunca haya pecado
arrojéle el primero su piedra á esta mujer.....*

«*Quién es este Profeta?*» pregunta confundido
quien por la vez primera su voz llega á escuchar,
y el pueblo que le sigue responde convencido:
*Jesús el Nazareno, el Cristo, el Prometido,
el Hijo del Dios Vivo que al mundo ha de salvar.*

Del Gólgota en la cumbre Jesús clavado espira
y el velo del misterio se rasga anta su cruz;
cesó el reinado infame del Odio y la Mentira
y el Mundo, redimido de su pecado, admira
ignotos horizontes que baña nueva luz.

El Dios de las Venganzas adusto y sanguinario
desciende de su solio; de hoy más la Humanidad
tan sólo en su conciencia tendrá y su santuario
al Dios que á sus verdugos perdona en el Calvario,
al Dios de la Clemencia, al Dios de la Piedad.

José Nebot.

Villareal, Marzo 1883.

LA ESCRITURA INSTANTÁNEA

NOTAS SOBRE LAS NOTAS

II.

Facilidad del arte.—Por qué no abundan los buenos taquígrafos.
—¿Es posible escribir tan velozmente como se habla?—Razón de
ser de los sistemas.—Logografía.—¿Llegará la inventiva humana
á taquígrafar mecánicamente?—Fonógrafo de León Scott.—
Curvas de Lisajous.—Fonógrafo de Edisson.—Aparato fono-este-
nográfico de Michela.—Glosógrafo de Gentili.

DESPUÉS de haber dicho que la taquígrafía es
un arte útil, tengo que añadir que también es
un arte fácil. Nada causa más ira que esos
humos de sabiduría especial que hay costumbre de gas-
tar á propósito de las cosas más sencillas. Cualquiera
llama hoy *ciencia* al arte de contar por los dedos y *difícil*
estudio á materias que se condensan en folletos de pocas
páginas y no tienen de difícil más que el lenguaje pre-
tencioso enrevesado con que los exponen sus poco litera-
tos autores.

Ciéndome á mi objeto, la taquígrafía no tiene nada de
difícil. Puede aprenderse bien en pocos días y lograrse
su fin en ménos de un año. Para ejercerla, no se necesi-
tan otros conocimientos previos que los que posee toda
persona medianamente instruida sobre su idioma y la
propia gramática. Claro es que hay condiciones perso-
nales que hacen más llano el camino y dan á unos taquí-
grafos superioridad sobre otros: el oído fino, la cabeza
despejada (hablo en sentido fisiológico), la imaginación
viva y voluble, la confianza en sí mismo, la serenidad, el
buen sentido, la agilidad de la mano, la erudición, la
memoria, son causas suficientes para explicarnos la pre-
cisión y facilidad con que algunos distinguidos taquígra-
fos toman los discursos más largos y difíciles.

Pues siendo esto así, se dirá, ¿por qué escasean tanto
los buenos taquígrafos? No puede ser más obvia la con-
testación. En primer lugar, porque también escasean los
malos, es decir, porque es un arte poco favorecido; en
segundo lugar, porque la práctica apresurada ó límite de
la velocidad ofrece muchas dificultades para los que no
poseen las cualidades que más arriba indicaba, y por úl-
timo y principalmente, porque hay todavía predominio,
en cuanto al número de adeptos, de los sistemas engorro-
sos é imperfectos sobre el único racional claro y rápido:
el de Garriga. ¿Cómo se comprende que puedan haber
buenos taquígrafos entre los que siguen sistemas que
apenas permiten velocidades superiores á ciento veinte
palabras por minuto, siendo así que muchos oradores
pronuncian doscientas en el mismo espacio de tiempo y
muchos lectores van más allá de las doscientas veinte?

Esto me lleva como de la mano á desmentir una opi-
nión errónea, que anda por ahí impresa en casi todos los
libros de taquígrafía que yo he visto. Se dice que es
posible escribir con tanta rapidez como se habla. Ante
todo hay que hacer una distinción. La experiencia dia-
ria nos enseña, de un modo indiscutible, que hay hombres
tan hábiles en un arte tan ingenioso, que consiguen repro-
ducir exactamente un discurso oral, por rápido que sea.
Pero hay que advertir que la inteligencia y la memoria
de esos hombres suple á cada paso la torpeza de su mano,
y que en buena taquígrafía la habilidad estriba tanto en
escribir como en dejar de escribir. Lo demás es confun-
dir lastimosamente el fin con los medios.

«Demostrado como está—por la experiencia—dice el
señor Cornet y Mas—que la mano puede ejecutar tan-
tos movimientos como la boca articular sonidos, dedujo
el señor Martí que puede trazarse en el papel una sim-
ple línea mientras se pronuncia un sonido, y como en
cada idioma hay una cantidad fija y determinada de so-
nidos, pensó que si se conseguía trazar en el papel unas
líneas que indicaran positivamente el sonido que se
quería representar al tiempo de pronunciarlo, se tendría
el verdadero método de escribir tan velozmente como
se habla.» (1)

Hé aquí, digo yo, un mal fundamento para un sistema.
Me apresuro á participar al lector, que Martí se guardó
muy bien de basar el suyo en ese disparate, aunque pu-
diera creer lo contrario cualquiera que leyese el anterior
párrafo.

Sin rodeos: es falso que la mano pueda ejecutar
tantos movimientos como la boca articular sonidos; ó
dicho técnicamente: no es posible comunicar á la mano
que escribe movimientos isócronos con los que tienen lu-
gar en distintos órganos en el acto de la fonación; esta
es sencillamente una cuestión de fisiología y no quiero
entrar en más pormenores, para no hacer bostezar á los
lectores de la REVISTA.

Conste:

1.º Que no se puede *escribir* tan velozmente como se
habla ó lee, y que no debe tomarse en este estricto y
material sentido, cuanto dijimos al comienzo de nuestro

(1) *Compendio de la taquígrafía española*.—Escuela catalana
por don Cayetano Cornet y Mas,—cuarta edición.—Barcelona, 1879.

anterior artículo. No estrañaría que algún lector viese en esto una contradicción con aquello; pero ahora no puedo extenderme más, so pena de abandonar el plan de este articulo.

2.º Que Martí inventó su sistema y después de perfeccionado y depurado en ochenta años de práctica constante, todavía no vá la pluma tan ligera como la lengua.

3.º Que jamás será viable ningún sistema taquígráfico que aspire á pintar en el papel sonido por sonido.

Y ya que tanto hablo de sistemas, ¿cuál es su razón de ser? Pues el progreso: en tanto que los que hay son defectuosos, vienen otros nuevos á disputarles la supremacía.

No deja de ser deliciosa la siguiente objeción que hacen algunos á los nuevos sistemas: el fin de la estenografía se ha logrado hace ya muchos años; á nosotros nos vá divinamente con nuestro viejo sistema, ¿qué necesidad tenemos de prestar atención al vuestro?

A esos hay que contestarles, que han sido también muy inútiles los suyos, porque el fin puede lograrse mucho más fácilmente. Durante la célebre época de la Revolución francesa del 93, se copiaban íntegros los discursos de una manera original que se llamó *logografía*. Veinte ó más escribientes, sentados al rededor de una mesa grande y ovalada, componían el *ente* taquígrafo. Cada uno de ellos tenía delante de sí una porción de cuartillas, de antemano rayadas y numeradas por líneas, tomaba de memoria unas cuantas palabras, y daba luego con el codo al inmediato que hacía lo mismo y éste al otro hasta dar la vuelta á la mesa; después no había que hacer más que compaginar las líneas numeradas. El fin se había logrado.

Pasemos á otra cuestión. La inventiva humana hallará el medio de taquígrafar mecánicamente? ¿Quién sabe? Está en lo posible y parece que se trabaja en ello con ardor. Sin embargo, hasta la fecha todas las tentativas hechas han sido poco satisfactorias, y hoy no hay máquina ó instrumento que pueda competir con la mano.

En esta época de invenciones y maravillas no es estraño que se haya entrado ya en el camino de un descubrimiento que suprimiría los taquígrafos y daría al hombre una nueva victoria sobre la naturaleza. La generalización de los aparatos inscriptores con tambores giratorios había de prestarse al primer ensayo. El fonotógrafo de León Scott enseñó que se podía recoger un sonido en forma de una curva propia. El instrumento (que á mi modo de ver fué el primer esbozo del fonógrafo) se componía de un gran resonador doliforme, con una abertura obturada por una membrana vibrante: pegado á la membrana un ligero estilete, seguía los movimientos de ésta y los inscribía en un tambor giratorio envuelto en papel ahumado. Sin embargo, el instrumento era muy imperfecto y las curvas de los sonidos sólo estaban bien acentuadas en algunos muy fuertes, como, por ejemplo, el tartajeo de la *r*. Como simple curiosidad, añadiré aquí que un sabio francés llamado Lisajous, encontró para cada sonido musical una curva propia cerrada y determinó las ecuaciones de estas curvas. Lo raro es que una curva de

Lisajous es la imágen de un rayo de luz reflejado por un espejito plano pegado á una de las ramas del diapason que corresponde al sonido. Se nota, pues, la tendencia de arrancar su forma al sonido, sea por medio de vibraciones lentas, sea por medio de la luz, sea por medio de la electricidad.

No tardaron los perseguidores de la idea en cambiar de rumbo y buscar resolución al problema en la mecánica únicamente, y en ese camino perseveran hasta la fecha, sin que hayan dado con el *quid*, según voy á exponer seguidamente.

Prescindiré del aparato de Gensoul que fué presentado en el Exposición de París de 1867 y del que no tengo más noticia que el nombre de su inventor, aunque sé que ha ido á parar al cuarto de los trastos viejos. No haré tampoco mención de algún otro que murió al nacer, por carecer de buenas condiciones y fracasar en el ensayo. Proponiéndose desterrar la taquígrafia por la mano del hombre, esos mismos instrumentos sirvieron para enaltecerla.

Tampoco me detendré en el *fonógrafo* de Edison, sobradamente conocido por todos mis lectores, notabilísimo como adelanto en la ciencia, pero sin condiciones de aparato estenográfico. Como he oído á algunos afirmar lo contrario, diré que es tan imperfecto que hay que gritarle para que luego devuelva sólo un remedo de lo que se le dijo, que aún no siendo así sería inconveniente insuperable tener que hablar en voz alta al mismo tiempo y con las mismas palabras que el orador, y que el tamaño de la hoja metálica no es bastante para contener un discurso ni mucho menos.

Los dos aparatos más modernos que yo conozco son el de Michela y el de Gentili. Cuatro palabras sobre ellos para dar remate al asunto y al articulo.

En Marzo de 1881 se verificó el ensayo del aparato *fono-estenográfico* de Michela, en el Palais Bourbon (Senado francés), ante los presidentes y varios miembros de las cámaras, y según decían entónces los periódicos (que suelen hablar más de lo debido en cosas que no entienden), el resultado no había podido ser más decisivo; añadían también que dicho aparato había sido ya adoptado por las cámaras italianas.

El artefacto de Michela es un pequeño piano que se sostiene sobre tres pies sólidos: cada tecla pone en movimiento un punzón ó estilete que va á chocar con una tira de papel arrollada en un tambor automático. La impresión es parecida á la del telégrafo Morse. Cada sonido del idioma tiene su tecla y su uso es muy semejante al de un piano. Este instrumento tiene los siguientes defectos:

1.º Ser mucho más engorroso que la taquígrafia á mano, porque su manejo requiere un aprendizaje mucho más largo é incómodo.

2.º No alivia el trabajo intelectual del taquígrafo, que tiene que tener concentrada tanto más su atención cuanto que no vé lo que silenciosamente está escribiendo.

3.º Es muchísimo más caro y no puede aplicarse más que á la práctica parlamentaria.

4.º Por lo que toca al resultado, tiene los mismos in-

se dirá, ¿por qué escasean tanto? No puede ser más obvia la causa, porque también escasean los que es un arte poco favorecido; en la práctica apresurada ó límite de muchas dificultades para los que no que más arriba indicaba, y por último, porque hay todavía predominio, de adeptos, de los sistemas engorroso el único racional claro y rápido: no se comprende que puedan haber entre los que siguen sistemas que ciencias superiores á ciento veinte siendo así que muchos oradores en el mismo espacio de tiempo y más allá de las doscientas veinte? o de la mano á desmentir una opinión por ahí impresa en casi todos los que yo he visto. Se dice que es tanta rapidez como se habla. Ante una distinción. La experiencia diademo indiscutible, que hay hombres tan ingenioso, que consiguen reproducir el discurso oral, por rápido que sea, que la inteligencia y la memoria á cada paso la torpeza de su mano, taquígrafia la habilidad estriba tanto en de escribir. Lo demás es confundir el fin con los medios.

o está—por la experiencia—dice el—que la mano puede ejecutar tanto la boca articular sonidos, dedujo puede trazarse en el papel una simple pronuncia un sonido, y como en la cantidad fija y determinada de sose conseguía trazar en el papel unas positivamente el sonido que se el tiempo de pronunciarlo, se tendría lo de escribir tan velozmente como

un mal fundamento para un sistema. cipar al lector, que Martí se guardó el suyo en ese disparate, aunque pudiera cualquiera que leyese el anterior

also que la mano pueda ejecutar como la boca articular sonidos; ó no es posible comunicar á la mano tantos isócronos con los que tienen humanos en el acto de la fonación; esta cuestión de fisiología y no quiero enores, para no hacer bostezar á los TA.

uede *escribir* tan velozmente como se no debe tomarse en este estricto y tanto dijimos al comienzo de nuestro

taquígrafia española.—Escuela catalana t y Mas,—cuarta edición.—Barcelona, 1879.

convenientes que la estenografía actual, porque no evita la traducción ulterior de lo escrito.

El año pasado, el señor Gentili (alemán, á pesar de su apellido italiano), inventó su *glosógrafo*. Como su nombre lo indica, este aparato reproduce en un papel todos los movimientos de la lengua; para ello, seis palanquitas muy ligeras rodean dicho órgano como una especie de reja. Concíbese muy bien que cuando para pronunciar una *d*, por ejemplo, la lengua se apoya en los dientes superiores, este movimiento obra especialmente sobre una de las seis palanquitas. A cada una de estas corresponde un estilete, que por un sistema de trabazones eléctricas, reproduce muy exactamente todos sus cambios de posición y finalmente los estiletes descansan en el imprescindible tambor giratorio.

¿Perderé el tiempo criticando este *invento*? No lo tengo de sobra. Es muy preferible el de Michela, porque si el taquígrafo estornuda, ayúdeme usted á decir donde irán á parar las maravillosas palanquitas.

Por hoy el mejor aparato estenográfico es la mano de un buen taquígrafo.

M. Lassala Emo.

PAULINA

Novela original. por Federico de la Vega

VII.

La doble vista

Continuación (1)



O no se lo que pasó entonces por mí! Al acento de aquella voz irresistible, mis ojos volvieron á cerrarse; pero una luz desconocida penetró en mi inteligencia, y sentí que mi espíritu abandonaba mi cuerpo, como si un poder sobre-humano hubiese roto su misterioso lazo de unión.

Ya no era yo la que estaba yerta y encadenada en el sillón de mi gabinete; aquella era la parte material de mi ser; mi alma flotaba libre en el espacio, teniendo el mundo real bajo su vista de águila, de igual manera que abarcamos el mundo quimérico durante los desvaríos de un ensueño febril.

A través de mis cerrados párpados, no sólo veía cuanto pasaba en torno mío, sino también clara y distintamente el grupo que formábamos la magnetizadora y yo.

Miss Arabella continuaba en pié, delante de mí, con sus manos extendidas sobre mi cabeza, con su mirada inmóvil y fija sobre mi rostro.

Hubierasela tomado por una estatua de mármol colocada sobre la alfombra.

Entonces noté que la envolvía, ó, mejor dicho, que

(1) Véase el número anterior.

nos envolvía, una especie de aureola de luz pálida y blanquecina, cuyo foco parecía estar en su flotante cabellera rubia.

—Paulina! Paulina! —me dijo con el mismo profundo é imperioso acento— ¿me oyes?

Y su voz produjo en mis inertes miembros igual estremecimiento que la primera vez que pronunció mi nombre.

Hize un esfuerzo sobrenatural, y mis labios dejaron escapar un débil gemido.

—Quiero que me respondas ¿me oyes?

—Sí, —murmuré lánguidamente.

—¿Sufres?

—Tengo frío.

La magnetizadora retiró sus manos de sobre mi cabeza. Un dulce calor empezó á circular por todo mi cuerpo.

—Quiero que dirijas tu vista al país donde naciste; que busques á tu madre.

El risueño valle del Arno y las torres de Florencia aparecieron ante los ojos de mi alma.

No pude contener un grito de alegría.

—Me has obedecido? —continuó miss Arabella.

—Sí.

—¿Que ves?

—Los sitios donde corrieron los tranquilos días de mi infancia.

—Paulina! es preciso que investigues, que busques á tu madre á donde quiera que se encuentre. Yo lo quiero! Me obedeces?

—Sí, pero tengo miedo.

—¿Por qué?

—Por el sitio en que me hallo.

—¿A donde estás?

—En uno de los cementerios de Florencia, ante un sencillo sepulcro sobre cuya losa apoya sus manos y su frente una mujer arrodillada.

—¿La conoces?

—No puedo conocerla porque no la veo el rostro; lo tiene oculto entre sus manos.

—Bien: espera á que se levante. ¿Qué más ves?

—Una inscripción grabada sobre el sepulcro.

—¿Léela! quiero saber lo que dice:

—*A María Alberoni — 12 de Enero de 1840.... Ah! ya se levanta.... es mi nodriza!*

—¿Quién?

—La mujer que estaba de rodillas... Aniella! Aniella! —grité haciendo un esfuerzo supremo para tenderla los brazos.— Por qué lloras?

Miss Arabella, apoyó de nuevo sus manos en mi frente, y volví á quedar otra vez inmóvil en el sillón.

Una lágrima humedeció mis pestañas.

—Paulina! —continuó la magnetizadora— ¿sufres mucho?

—Oh! sí, porque mi pobre Aniella no es feliz.... su rostro está bañado en llanto!....

—Pero no me obedeces! esa mujer no es tu madre.... quiero que separes tus ojos de ella, que busques á la que te dió el ser!

No la veo; no encuentro más que la inscripción del sepulcro á donde quiera que me dirijo.

—Entonces abandona ese lugar y sigue adelante....
sigue hasta encontrar al autor de tus días. ¿Me obedeces?

—Sí.

—¿Que ves?

—Un gran pueblo que me es desconocido, un circo
arruinado y una gran puerta con mutiladas esculturas.

—¡Entra, y dime lo que hallas en tu camino.

—Ahora estoy en una inmensa plaza de forma circu-
lar, en cuyo fondo se eleva un grandioso templo corona-
do por una cúpula.

—Y después?

—Después.... esperad.... Veo también un palacio, al
cual se asciende por una ancha escalinata.... un centinela
se pasea frente a la puerta....

—Sigue, Paulina.

—Una multitud de personas con trajes extraños se agi-
ta por las extensas galerías interiores....

—No conoces á ninguna de esas personas? ¿No ves
ninguna fisonomía que te despierte algún vago recuerdo?

—Oh, no! ninguna!....

—Examina bien.

—Sí, ahora distingo un hombre cuyo semblante creo
haber visto cuando niña, pero está sólo en una habitación
magníficamente amueblada.

—¿Cuál es su traje, en que se ocupa?

—Viste un gran uniforme con cuello y mangas borda-
das de oro, y lleva una placa pendiente de una cinta:
—varias cruces brillan también sobre su pecho. Está
sentado en un sillón de terciopelo grana, —cuyo respaldo
termina en un escudo,— y apoya los codos en actitud
meditabunda sobre un bufete de forma antigua, con in-
crustaciones de marfil, en el que hay una porción de pa-
peles, libros y mapas geográficos.

—¿Qué edad tiene ese hombre?

—Unos cincuenta años.

—Describeme su fisonomía; quiero conocerle.

—Es moreno, de rostro enjuto, de nariz aguileña, de
ojos y cabellos negros.... Un bigote gris sombrea su
labio superior, y una cicatriz rojiza corta en sentido obli-
cuo las profundas arrugas de su frente....

—Sigue en la misma actitud?

—No; en este momento abre uno de los cajones del
bufete, saca de él una especie de llave, se levanta y....

—¿A dónde vá?

—Empuja con ella un botón oculto en los adornos de
la moldura de un espejo colocado en la pared de la dere-
cha.... el espejo desaparece, y queda en su lugar una
abertura por la cual penetra en una segunda habitación....
Es una especie de rotonda muy reducida, que recibe la
luz por la parte superior de la bóveda. El muro está
cubierto de tapices bordados. Frente á la puerta hay un
dosel de terciopelo azul con flecos y borlas de oro, cuyas
cortinas están corridas. El hombre del uniforme se
acercó, las descubre y.... ¡Dios mío!.... qué semejanza!....
soy yo, yo misma!....

—¿Qué ves de nuevo? qué semejanza es esa?

—¡La de ese retrato de mujer que descubre ahora!....
¡Oh! son mis facciones, mis cabellos, mi rostro.... pero
mucho más pálido y de más edad!....

—Pero ¿dónde está ese retrato?

—Bajo el dosel de la rotonda:— es un gran retrato de
cuerpo entero con marco de plata cincelada.

—¿Qué hace el personaje del uniforme? quiero que
no le pierdas de vista, que observes todos sus movi-
mientos.

—Contempla con los brazos cruzados la figura del
lienzo.... la expresión de su fisonomía revela un dolor
profundo.... Ahora se arrodilla sobre un cojín, sus lá-
bios se agitan; parece murmurar una oración.

—¿No ves nada que pueda revelarte su nombre, ó el
de la mujer del retrato?

—No, absolutamente nada.

—Continúa.

—El caballero del bigote gris vuelve la cabeza en este
momento hacia la puerta de entrada.... se levanta, sale
de la rotonda y cierra el espejo con precipitación. Sus
cejas están fruncidas, su actitud es amenazadora.... ya
no es el mismo de antes. Su aire altivo y su mirada
casi torva imponen respeto.

—Por qué ese repentino cambio?

—No lo sé.... ha vuelto á sentarse al bufete y.... un
nuevo personaje, también con uniforme, y con una faja
verde á la cintura, penetra en la habitación sombrero en
mano, y le entrega, inclinándose ante él, un pliego volu-
minoso. El primero le toma y despide al segundo con
un ademán imperativo.

—Quiero saber el contenido de ese pliego.

—Esperad, le está abriendo.... No puedo leerle, está
escrito en un idioma que no conozco.... En uno de los
ángulos superiores del papel veo la palabra *San Peters-
burgo*.... debajo hay un sello en cera encarnada que re-
presenta un águila imperial. El caballero se dirige á la
puerta, atraviesa una vasta galería llena de grandes seño-
res que se descubren á su paso, entra en una espaciosa y
rica estancia, en cuyo frente hay un gran sillón que se
eleva sobre un estrado, y.... ¡es un rey!.... es un rey!....

—¿Quién?

—Ese hombre!.... el sillón es un trono!....

La magnetizadora retiró sus manos de mi frente, y la
visión desapareció.

Algunas gotas de sudor frío inundaban mis sienes.

—Dios mío!.... cuánto sufrí! —murmuré.

—Estás cansada, Paulina?

—Oh, sí, me canso mucho!

Miss Arabella volvió á ceñirme la cinta metálica y hu-
medeció mis labios con el mismo líquido que me había
hecho tomar en un principio.

En aquel momento dejé de sufrir.

—Puedes ya obedecerme sin fatigarte? —continuó la
magnetizadora.

—Sí.

—Paulina! quiero que tu espíritu vuele al punto de la
tierra, cualquiera que sea la distancia, donde se halle tu
alma predestinada.... quiero que mires y conozcas las
facciones del sér en quien se anida. Ve, yo te lo mando!

Apenas dejé de oír la voz de miss Arabella, un risueño
valle, rodeado por altas montañas que terminaban el
horizonte, apareció ante mi vista.

Diez ó doce pequeñas aldeas, medio ocultas por el espeso ramaje de copudos castaños, estaban situados de trecho en trecho en la falda de las montañas, formando un círculo cortado en dos mitades por las cristalinas aguas de un río, que deslizaba su rápida corriente sobre un lecho pedregoso. En el centro del valle, como suelen ser los eslabones de la cadena que formaban los demás, se veían dos pueblecitos que sin duda eran una sola parroquia, puesto que á la misma distancia del uno que del otro elevaba al cielo su cuadrada torre una pequeña iglesia defendida por una doble hilera de álamos blancos. Prados cubiertos de yerba y altos maizales de gruesas cañas se extendían en torno del solitario templo y de las infinitas huertas de frutales que rodeaban á entrambos pueblecitos....

—Pero ese es mi valle natal!.... —esclamé interrumpiendo á Paulina— mi valle natal con todos sus detalles topográficos!

—Tal vez! —continuó aquella mujer estraña— pero escucha, escucha, Luis. —En una de aquellas huertas, y recostado sobre el césped á que daba sombra un enorme nogal, había un niño como de trece años, cuya triste mirada, tenazmente fija en la brumosa cumbre del lejano monte, revelaba una meditación y un sufrimiento impropios de su edad. Ese niño eras tú. Mi alma se regocijó al mirarte, y sentí un bienestar indecible; un bienestar parecido al que deben sentir bajo las dulces caricias de una madre adorada los seres dichosos que tienen la fortuna de poseerla!....

Después de haber dado estos pormenores á la magnetizadora cesaron sus preguntas, se alejó de mí, que ya no ví más.... Tu figura y el alegre paisaje que acabo de describirte se fueron desvaneciendo poco á poco hasta evaporarse completamente....

No sé el tiempo que permanecí sin tener conciencia de mí misma.

Al fin abrí los ojos.

Lo primero que ví fué el angustiado semblante de Pietro que me contemplaba con ansiedad....

Miss Arabella había desaparecido.

—Y esa mujer? —pregunté á Pietro levantándome, no sin trabajo, porque aún sentía una estremada languidez.

—No la he visto salir, excelencia.

—¿Qué no la has visto, dices?

—No, excelencia; y juro por la Santa Madona que no me he separado un momento de la puerta.

Quedé aterrada!

—Pero ¿ha sido un sueño, Dios mío?.... ¿He sido víctima de una alucinación? —esclamé en voz alta.

Las afirmaciones de Pietro, que había desempeñado un papel activo en la anterior escena, no dejaron lugar á ninguna duda.

Por otra parte, el piano continuaba abierto, —y yo estaba segura de no haberle tocado aquel día,— y sobre la alfombra ví el pomo, cuyo contenido causó tan vivas inquietudes á Pietro.

¿Por donde había salido aquella mujer?

—Aquí hay una carta —me dijo el forzado, señalando el mueble en que miss Arabella había escrito sus notas.

La abrí.

Era de la irlandesa.

«Paulina —decía,— los recuerdos de nuestra entrevista le probarán á usted que el magnetismo no es una mentira, ni una ciencia de charlatanes.

»Como precio del pequeño servicio que acabo de prestarla, exijo una remuneración de cincuenta libras esterlinas, que la suplico remita en billetes al presidente de la junta de beneficencia.

»Ya ve usted que soy algo interesada; pero la codicia es casi una virtud cuando uno pide para sus hijos, y los míos lo son todos los desgraciados.—Arabella.»

VIII.

El encuentro

Tres años después de la escena que te refiero —continuó Paulina— vine á España por segunda vez.

La entrevista de Dublín había quedado grabada en mi memoria con indelebles caracteres.

Los sitios y los personajes que había visto en mi viaje inmaterial, se me aparecían todas las noches en mis sueños, con los mismos detalles, con igual fuerza de colorido, con la misma verdad y precisión que los ví en mi estado de sonámbula.

Mi alma llegó á familiarizarse tanto con estas visiones, que muchas veces soñaba despierta.

Una tristeza infinita y un anhelo profundo se apoderaron de mí: —yo deseaba recorrer aquellos lugares hacia donde mi espíritu volaba incesantemente; conversar con aquellos seres que ya me eran queridos.

—Pero, dime, Paulina, —interrumpí— ¿nunca volviste á ver á la magnetizadora?

—No, jamás: —miss Arabella abandonó á Dublín el mismo día de nuestra entrevista. En los dos meses que viajamos por Irlanda y por Inglaterra, Pietro la buscó en todas las poblaciones del Reino-Unido: —nadie nos supo dar razón de ella; nadie la conocía, sin embargo de su celebridad como prestidigitadora.

Era una hermosa mañana de primavera.

Hacia ya quince días que estábamos en Sevilla, y deseosa de visitar una por una las poblaciones andaluzas, había ordenado á Pietro que tomase billetes para venir á Cadiz en el vapor *Adriano* que debía salir á las ocho.

Subimos, pues, en el carruaje que nos esperaba á la puerta de la fonda de Europa, donde entonces vivíamos, y nos dirigimos al embarcadero.

El gran paseo de las Delicias y las pintorescas orillas del Guadalquivir estaban llenas de paseantes y de curiosos, ávidos de respirar la fresca y enibalsamada brisa que rizaba ligeramente las cristalinas aguas del río.

Entramos en el vapor y tomé asiento en los bancos de cubierta, bajo el toldo de popa.

Sonó el último toque de aviso, retiraron la plancha, y el *Adriano* se puso en movimiento.

Los rayos del sol, que brillaba en un cielo puro y sin nubes, anunciando un día caluroso, doraban las copas de

los árboles, cargadas de aterciopeladas y nacientes hojas, y derramaban alegría sobre el espléndido paisaje que se extiende á orillas del Guadalquivir.

Los viajeros eran numerosos.

Distraída en un principio con la animación del muelle y con el magnífico espectáculo que ofrecen las sombrías alamedas y los jardines de san Telmo, ni siquiera había fijado la atención en mis compañeros de viaje.

Frente á Sauti-Petri, cuando ya no distinguía de Sevilla sino la aguda cima de la Giralda, que se eleva sobre la ciudad como un gigantesco centinela de granito, eché en torno mío esa curiosa mirada con que todo viajero examina las personas que le rodean.

Apoyado de codos sobre la obra muerta de estribor, y vuelto de espaldas hacia mí, estaba un joven que parecía admirar atentamente la espumosa estela producida en las aguas por la rápida marcha del buque.

Vestía una levita negra, y una cinta de crespón enlataba su sombrero.

¿Qué había en la actitud de aquel joven que pudiera interesarme? ¿Por qué se fijaron mis ojos en él con más particularidad que en otros viajeros?

Yo no lo sé, por mejor dicho, no lo supe entonces.

Desde el instante que le descubrí, empecé á experimentar una emoción extraña, como si me hallase en presencia de una persona querida por largo tiempo ausente.

—¿Quién será ese joven tan pensativo y tan ensimismado en su contemplación? —me preguntaba á mí misma. — Por quién viste luto? ¿Quizá por una madre adorada que yo no he conocido!....

Mientras me asaltaban estos pensamientos, el viajero, siempre vuelto de espaldas, continuaba inmóvil en su sitio.

Yo espiaba todos sus movimientos y sentía cierta impaciencia por verle el rostro.

Pietro se paseaba sobre cubierta.

No pude resistir á la tentación de llamarle.

—¿Ves aquel joven? —le dije cuando estuvo junto á mí.

—¿Cuál, excelencia?

—Aquél de la gasa que está frente á nosotros.

—¿El que mira con tanta atención las aguas del río?

—Sí; acércate con cualquier pretexto con el fin de hacerle volver la cabeza.... Pregúntale qué pueblo es el que se vé á lo lejos.... cuánto falta para San Lucar.... lo primero que te se ocurra. Quiero desengañarme de si es un italiano á quien conozco.

Pietro desempeñó su cometido á las mil maravillas: —se acercó al joven, le tocó en el hombro y....

Tuve que sofocar un grito de sorpresa al distinguir sus facciones. Era él!.... Eras tú!.... Era el niño que tres años antes me había hecho ver miss Arabella bajo el nogal del valle misterioso!....

—Oh! recuerdo ese triste viaje! —la interrumpí.— Recuerdo el extranjero que me dirigió la palabra á bordo del *Adriano*, el día en que regresaba de cumplir un penoso deber.... Acababa de separarme del lecho de muerte de mi pobre hermano Enrique!.... Pero yo no te ví, no hablé contigo como me dijiste en la plaza de

San Antonio.... Estoy seguro de que jamás habría olvidado tu fisonomía.

—No; la conversación que te recordé esta tarde la tuvimos en Pietro, quien después me la refirió palabra por palabra.

Cuando ustedes concluyeron de hablar, cuando el forzado se alejó de tí, separaste los ojos del río y tomaste asiento en los bancos de popa, á la izquierda del timonel. Estabas pálido como un cadáver.

El vapor avanzaba rápidamente.

El caudaloso Guadalquivir se ensanchaba cada vez más. Nos aproximábamos á la desembocadura.

A eso de la una y media sonó la campana del puente, y vimos á lo lejos el barrio alto de Sanlúcar de Barrameda.

Los pasajeros que debían quedar en Bonanza se dirigieron hacia los equipajes.

Algunos minutos después el *Adriano* se detuvo, echó el ancla, y un sin número de botes se acercaron á bordo.

Entonces te levantaste con precipitación, como si el movimiento de los viajeros te hubiera hecho despertar de un sueño penoso, y te dirigiste á la escala.

Ibas á saltar en tierra....

Continuará.

NI BRISA NI AMOR

DOLORA

En la llanura de arenal desierto
do abrasa el sol,
sin casi vida, sin color ni aroma
brotó una flor;
y como nunca la tranquila brisa
la acarició,
murió, sus hojas esparciendo el viento
devastador.

El triste ser que solitario llora,
y sólo el sol
le alumbra del deseo de la dicha
que no encontró,
no percibiendo las caricias puras
de casto amor,
sucumbe en los desiertos de la pena
donde nació.

Magdalena García Bravo.



Sección de Agricultura

EL ALGARROBO EN LA PROVINCIA DE CASTELLÓN



El cultivo del árbol que sirve de epígrafe á estas líneas, constituye uno de los principales ramos de la riqueza agrícola en la provincia; y si el conjunto de influencias exteriores que forman lo que se llama clima de una localidad, tiene indudablemente influencia decisiva en la vegetación de determinadas plantas, la que nos ocupa, puede servir perfectamente de termómetro para señalarnos las circunstancias atmosféricas, hidrológicas y geológicas de las comarcas de la provincia por donde su cultivo se halla distribuido.

Situada la provincia de Castellón entre los treinta y nueve y medio y cuarenta y medio grados de latitud; bañada su costa por las aguas del Mediterráneo en extensión de unos cien kilómetros; internándose hacia la provincia de Teruel en otra extensión proximamente igual á la anterior; ofreciendo llanuras como la de la Plana, cuya altura sobre el nivel del mar fluctúa entre 0 y 50 metros, y picos tan elevados como el de Espadán 1.089, y Peñagolosa 1.832 metros, claro es, que ofrecerá climas muy variados, y zonas tan diversas en vegetación, como la de las palmeras y caña de azúcar en la porción costanera, y la de los carrascales y pinares en las alturas de Vistabella, Chodos, Benafijos y Villafraña. Las lluvias, como sucede en la mayor parte de las provincias situadas hacia el levante de la Península, son menos frecuentes de lo que fuera de desear, y las tierras de cultivo, salvo raras excepciones, suelen abundar en carbonato de cal.

La facilidad, pues, en la propagación y cultivo del algarrobo, el ser una de las plantas más sufridas y frugales, la abundancia de terrenos calizos que prefiere, contribuye á que el área de su extensión sea bastante dilatada en la provincia, formando extensa faja, que partiendo de Vinaroz en el N. E., se corre por toda la costa hasta Almenara al S. E., desde cuyo punto asciende atravesando el rio Palancia hasta la altura de Segorbe y Castellonovo, corriendo más abajo por Vall de Uxó, Artana, Onda, Ribesalbes y Argelita, llegando hasta los límites de la empinada Lucena, y torciendo luego hacia el E. por los valles de Useras y Adzaneta, desciende á Villafraña y Cuevas de Vinromá hasta llegar á Calig y Cervera límite de la provincia confirmantes con Vinaroz.

La descripción botánica de la planta que nos ocupa puede reducirse á los términos siguientes: Pertenece á las dicotiledones, familia de las leguminosas y conocida con el nombre, que le dió Linneo, de *Ceratonia siliqua*; es árbol de madera dura, raíces leñosas, cilíndricas y horizontales; tronco cilíndrico ramificado, hojas compuestas imparipinadas cuyas hojuelas son peninérveas: florece en Agosto; es polígama, ofreciendo pies machos, hembras y hermafroditas; legumbres llenas de pulpa más ó menos dulce, que sirve de pasto á las caballerías, y se extrae también, como producto de su fermentación, una bebida

alcohólica; las cubiertas de la semilla tienen el mismo color que el pericarpio.

Esta especie, ofrece en la provincia algunas variedades más ó menos apreciadas en el cultivo de distintas localidades, y cuyos nombres toman de los siguientes caracteres: por su color y reflejo las hay *negras, rojas y relucientes*; requieren sitios más abrigados y cálidos, no sólo por resistir menos á la acción del frío, sino por necesitar mayor número de grados de calor para su maduración: por su forma se llaman de *costilla y bañetas*; las primeras no muy apreciadas por su pulpa poco azucarada, y las segundas más estimadas por contener la legumbre mayor cantidad de azúcar; tanto unas como otras abundan en los sitios más fríos, y en las hondonadas donde las heladas y escarchas perjudicarían las otras variedades; por la forma elegante del árbol que las produce, llámase de *taroncheret*, sin duda por cierta analogía que se observa con el naranjo, al mirar de lejos la copa de tales árboles; su fruto es muy estimado, pero esta variedad hallase poco extendida, al parecer, por su reducida producción; por haber nacido de semilla, sin ingertar, llámase otras bordes; variedad que ofrece los más extraños contrastes, siendo unos pies poco y otros muy resistentes á la acción del frío, de fruto largo y recomendable pulpa en unos casos, y pequeño, fofo y de mala calidad en otros: leyes que no siendo hoy conocidas, las llamamos caprichos de la naturaleza, que se repiten en muchos árboles nacidos de semilla, y á los que no se les ha aplicado la operación del ingerto, único medio para la conservación de las variedades. Otra hay que por el sexo y procedencia se la llama de *flor macho villarealera*, ó sea de Villareal, donde al parecer se cultivó por primera vez en este país; es su fruto de pulpa abundante pero poco azucarada y de escaso aprecio; tiene la ventaja de ser sus flores hermafroditas, y su abundante polen contribuye á fecundar las hembras que vejetan á su alrededor; finalmente, por su color y sexo hay la llamada *negra de flor macho*; es también hermafrodita, de abundante y azucarado fruto, de color negro y reluciente: esta especie se prefiere hoy para ingerto sobre los pies hembras, ya por la abundancia de su polen, ya por la doble ventaja de dar mucho y estimado fruto.

La multiplicación de esta planta se hace siempre por semilla; generalmente de asiento, para obtener pies *francos* que á los tres años se les aplica el ingerto de escudete, único que se usa en este país. Algunos efectúan las siembras en semillero, en cuyo caso al año ó dos de ingertos los pies, se trasplantan; operación que hemos visto fracasar en muchísimos casos, muriendo las plantas antes de echar nuevas raíces y tallos, no obstante la recomendable práctica de cortar las ramas al tierno algarrobo, para que así quede compensada la poca absorción con la escasa evaporación. Creemos que siempre será más difícil y costoso este procedimiento, fundándonos en la gran longitud que adquieren las multiplicadas raicillas del algarrobo, que por necesidad hay que destrozarse al verificar la trasplantación, á cuya circunstancia hay que agregar la condición seca de los terrenos donde han de vejetar los tiernos árboles, y los costosos trabajos que implicaría un

de la semilla tienen el mismo

En la provincia algunas variedades en el cultivo de distintas labores toman de los siguientes caracteres: las hay *negras, rojas* y las más abrigadas y cálidas, no soportan la acción del frío, sino por necesidades de calor para su maduración; se llaman de *costilla y bañeta*; las primeras por su pulpa poco azucarada, estimadas por contener la leguminosa azucar; tanto unas como otras son más frías, y en las hondonadas perjudicarían las otras variedades del árbol que las produce, sin duda por cierta analogía con el arnizo, al mirar de lejos la copa es muy estimado, pero esta variedad, al parecer, por su reducida producción de semilla, su ingertar, su variedad que ofrece los más estrafalinos pies poco y otros muy resistentes, de fruto largo y recomendable por su pequeño, fofo y de mala calidad siendo hoy conocidas, las llama *uraleza*, que se repiten en muchos puntos, y á los que no se les ha aplicado el nombre, único medio para la confusión. Otra hay que por el sexo y el tamaño de *flor macho villarealera*, ó sea por parecerse al cultivo por primera vez de pulpa abundante pero poco apreciada; tiene la ventaja de ser sus frutos abundantes polen contribuye á que vejetan á su alrededor; finalmente hay la llamada *negra de flor mafrodita*, de abundante y azucarada y reluciente: esta especie se cultiva sobre los pies hembras, ya por su altura, ya por la doble ventaja de dar fruto.

Esta planta se hace siempre por el asiento, para obtener pies *francos* se les aplica el ingerto de escudete en cuyo caso al año ó dos de implantación; operación que hemos visto en algunos casos, muriendo las plantas antes de dar fruto, y tallos, no obstante la recomendación de las ramas al tierno algarrobo, compensada la poca absorción con la abundancia. Creemos que siempre será más difícil el cultivo, fundándonos en la gran dificultad de las multiplicadas raicillas del algarrobo, ya en la circunstancia hay que agregar la dificultad de los terrenos donde han de vegetar los costosos trabajos que implicaría un

continuo riego. Por ello es preferible, como generalmente se hace, la multiplicación por siembra de asiento, con lo que, no se arriesga la existencia del árbol, ahorrándose además tiempo y trabajos.

Las labores que se dan á este árbol no corresponden generalmente á la importancia que su cultivo requiere.

Agricultores hay que descuidan muchas veces el dar á su algarrobo una reja anual, pero no hay ejemplo de olvidarse de recoger las algarrobas en Setiembre.

Es verdad que para ofrecer este árbol sus frutos pocas labores necesita: es frugal por excelencia, resiste las mayores sequías, no rechaza ninguna clase de terrenos, colocado á veces entre las rocas, extiende sus raíces por debajo de ellas, abriéndose paso á través de las grietas, que vá ensanchando poco á poco; pero no hay árbol más agradecido, como vulgarmente se dice, y paga con usura los trabajos del agricultor; por eso la buena práctica aconseja, sin exageración de labores, dos rejas anuales, una después de la recolección, para que reciba y penetren en el suelo las aguas otoñales y del invierno, y otra á la entrada del verano, para que conserve mejor la humedad, limpiar el campo de toda planta espontánea, y no dejar al pie del árbol otros barbaños que los precisos para ingertar.

Una de las prácticas más recomendables en el cultivo del algarrobo es la multiplicación de los machos, para que las hembras no queden viudas; así lo aconsejaba ya el nunca bien ponderado Cavanilles á últimos del pasado siglo, en sus viajes por el antiguo reino de Valencia, lamentándose del descuido que había en muchas comarcas. Desde aquella época han mejorado y han adelantado mucho las prácticas en agricultura, y hoy se saca gran partido de la poligamia del algarrobo para escoger ingertos de escudete de la variedad conocida con el nombre de *macho negro*, que á la vez que fecunda los pies hembras, como antes hemos dicho, reúne la ventaja de producir abundante y apreciado fruto.

La poda, en este país, la creemos, por regla general defectuosa; déjase crecer demasiado el tronco y el arranque de las ramas resulta muy elevado; se observa tendencia á dejar las ramas chuponas que aumentan el crecimiento en altura en perjuicio de la floración y fructificación. Bien comprendemos que este defectuoso sistema de podar, acaso se observa por el natural temor de que los ganados alcancen las ramas y las destruyan, y si es así, urge poner coto á semejantes desmanes, para adoptar las buenas prácticas aconsejadas por la experiencia, que nos hace ver, que aquellos algarrobos cuyas ramas arrancan de menor altura, y que torciéndose se hacen horizontales, colgantes ó rastreras, producen en igualdad de condiciones mayor cantidad de fruto, que los que alcanzan mayor altura y cuyo crecimiento sea más vertical ó derecho.

Catalino Alegre.

Castellón 6 de Marzo de 1883.

Sección Comercial

ESTADO DE LOS PRECIOS

que han obtenido los principales artículos, el día 12 de Marzo, ó sea el último de mercado en esta capital.

Peso ó medida	GÉNEROS	VALOR de la unidad en	
		Ptas.	Cs.
Hectólitro.	Trigo	27	11
	Maíz	16	57
	Habón	19	58
	Arroz de 1. ^a	45	18
	Id. de 2. ^a	39	91
	Id. de 3. ^a	35	39
	Habichuelas	34	64
Quintal métrico.	Arvejonas	»	»
	Paja	7	28
	Carbón de encina	10	67
	Harina de 1. ^a	50	17
	Id. de 2. ^a	45	81
	Id. de 3. ^a	39	28
	Algarrobas	9	70
Kilógramo.	Yerba seca	15	52
	Carnero	1	76
	Oveja	1	65
	Vaca	2	40
	Tocino	2	50
	Cáñamo *	1	»
	Patatas *	»	16
Litro.	Higos *	»	28
	Aceite	»	91
	Aguardiente	»	80
	Vino	»	36

Nota. En dichos precios vá incluido como satisfecho el impuesto por consumos de las especies gravadas. Estas son las que no llevan aristerico.



Crónica de la Quincena

Al fin el invierno ha hecho una de las suyas; después de mostrárenos grato y apacible, aún en la época más rigurosa del año, se ha dejado sentir de súbito con una temperatura capaz de helar el mercurio.

Los abrigos que ya comenzaban á ser molestos con inminente peligro de ser relegados al olvido, han extendido y afirmado su dominio, con una tiranía que á poco que cesen los rigores del trasnochado invierno, será verdaderamente insoportable.

Lo peor del caso es, que estos bruscos cambios de la temperatura, se traducen en peligrosos efectos para la salud pública, y así hemos visto con harta pena por cierto, la larga serie de víctimas que han ocasionado, contándose entre ellas personas de valer y ciencia para Castellón y cuya amistad nos honra y distinguía.

* *

La crudeza del tiempo no ha impedido, sin embargo, que el improvisado teatro de la plaza de Tetuán se viese animado por la presencia de un numeroso público en las últimas representaciones que ha dado la compañía de zarzuela que actúa en el mismo.

Como por parte de los artistas que la componen, se notan mucha voluntad y buen deseo en el desempeño de sus respectivos papeles, el público no les ha escaseado tampoco sus aplausos, demostrando, sin embargo, su desagrado la noche del último lunes, por el mal gusto que tuvieron en la elección de una de las dos obras que se pusieron en escena. Tomen los señores Queralt y Español nuestro leal consejo: no es en los tipos de carácter andaluz ni en el de gallego donde deben buscar triunfos más legítimos.

* *

Siguen viéndose en juicio oral y público, en esta Audiencia, algunas causas criminales. A la primera de que dimos cuenta en nuestro número anterior, siguieron otras sobre lesiones, en las que defendieron á los procesados los letrados señores Meliá y Gascó que estuvieron á la altura de su reputación.

El 13 se vió otra sobre lesiones graves inferidas en el pueblo de Borriol la noche del 4 de Noviembre último. Depusieron cuatro testigos, casi unánimemente, sobre los hechos.

Después de la acusación fiscal, usó de la palabra nuestro querido amigo y colaborador señor Gasset, que por primera vez se presentaba ante los tribunales á defender á un reo. Tras un breve exordio, en que puso de manifiesto las ventajas del nuevo sobre el antiguo procedimiento criminal, entró de lleno en la cuestión y con concisa y persuasiva frase, procuró demostrar que al imponer la pena que al procesado correspondía por su delito, debían considerarse las circunstancias atenuantes de embriaguez y provocación de parte del ofendido, y que en ningún caso podía tomarse en consideración la agravante de nocturnidad.

El más feliz éxito ha coronado la obra del señor Gasset, pues el tribunal ha condenado al procesado á seis meses de arresto, en lugar de veinte meses y un día de prisión correccional que pedía la acusación.

Al par que felicitamos al señor Gasset, le aconsejamos continúe adelante en el difícil sendero comenzado, seguro de que ha de encontrar en él muchos lauros.

El Otro.

Sección Oficial

ADMINISTRATIVA Y DE CONSULTAS



AUSAS; CUESTIÓN PRÉVIA. Verificado el deslinde y amojonamiento de dos términos municipales y aprobada dicha operación por el gobernador en época lejana, y conservándose los hitos ó señales de la línea divisoria, la administración no tiene que resolver ninguna cuestión previa para la formación de un proceso por hurto de espartos en los límites de ambos términos, sino que la designación de los sitios en que fueron arrancados éstos debe hacerse por la correspondiente diligencia en el proceso.

R. D. 30 Enero 1882. Gac. 20 Febrero id.

CAMINOS PÚBLICOS. Tratándose de trabajos ejecutados en un camino público para abrir un socabon ó galería subterránea y explotar una mina de agua, previo permiso del Alcalde, ya se considere que se trata de una vía pública, cuya conservación corresponde por la ley á los Alcaldes, ya de un asunto de policía rural sobre el cual recayó providencia, es lo cierto que en el primer caso, la materia objeto del conflicto es de las atribuciones de la Administración, y en el segundo existe también una providencia administrativa, dictada con competencia, y que no puede ser contrariada por la vía de interdicto.

R. D. 30 Noviembre 1882. Gac. 7 Diciembre id.

AGUAS. Aunque tengan el carácter de aguas públicas algunas de las que corren por un término privado y aunque es evidente la competencia de la Administración para decidir sobre aguas públicas, cuando uno de los dueños de los terrenos intenta hacer valer contra el Ayuntamiento que son de dominio privado y tienen por tanto el carácter de civiles, la Administración no tiene competencia para entender de la cuestión.

R. D. 28 Setiembre 1882. Gac. 7 Diciembre id.

CLASES PASIVAS. Habiendo optado una señora viuda y huérfana por la pensión de orfandad, no puede luego una hija suya pedir como orfandad lo que á la madre como viudedad correspondía.

R. D. 25 Julio 1882. Gac. 11 Noviembre id.

IMPUESTO DE MINAS. El impuesto sobre el producto bruto de las minas, no debe considerarse ó estimarse como una carga que el Estado, con el carácter de cedente de las pertenencias mineras, ha establecido en uso del eminente dominio que las leyes le reconocen sobre el subsuelo, sino que tiene el carácter de contribución general.

R. D. 25 Julio 1882. Gac. 17 Noviembre id.